

Por el correo de hoy se han recibido tristes y conmovedores detalles de la pérdida del crucero *Gravina*, de que rápidamente nos ha dado cuenta nuestro celoso correspondiente en Manila:

«El citado buque salió del fondeadero de Manila á las cuatro de la tarde del día 8 de julio, con rumbo á Shanghai, costeando hasta Cabo Bolinao y siguiendo despues desatracando de la costa.

El tiempo era hermoso, puesto que se aprovechaba la zona postciclónica del temporal que acababa de influenciar de muy léjos á Manila en días anteriores.

El barómetro subía casi á su nivel natural normalizando sus marcas, y si bien aún conservaba una ligera depresión, ésta iba disminuyendo en razón inversa de la distancia del buque al núcleo del temporal, distancia que no aumentaba mucho y se sostenía por navegar hácia el Norte. Las condiciones de salida eran, pues, inmejorables, á pesar de verificarse en julio, época en que suelen empezar los ciclones. Había motivos para creer fundadamente que se lograrían seis días buenos para hacer la travesía á Shanghai.

Navegó el *Gravina* con buen tiempo toda la primera singladura; hasta una poca de mar de fondo que en Manila se notaba, fué desapareciendo.

Llegó el barco á cruzar de lleno el canal de Formosa, tan terrible para los navegantes, y el sol declinaba á su ocaso. El barómetro estaba á una altura suficiente para hacer temer un baguio.

El comandante reunió la oficialidad y espuso á la junta los peligros que pudieran correrse, y por unanimidad se ordenó gobernar al Este en demanda de tierra. Se levantaron chubascos; el velo cirroso era cada vez más espeso, y las montañas de Cabo Bojeador se envolvían en plomizo celaje. El cielo era un hecho, y seguía la misma dirección del *Gravina*.

En la amanecida del día 19 toda la costa de Luzon estaba esperosamente tomada, percibiéndose con trabajo en una clara la silueta de Cabo Bojeador; y aprovechando esta circunstancia, forzando la máquina, se montó y siguió el barco por la costa Norte de Luzon en busca del puerto de San Vicente.

La cerrazón de la costa se hizo densísima, y la lluvia garrucha, apenas dejaba horizontes de más de tres cables; el barómetro, á la hora de máxima, estaba en 751 milímetros, y bajaba casi un milímetro por hora; el vórtice se venía encima del buque á pasos de gigante, y el refugio se hacía muy incierto.

Cogiendo la costa el verdoso aguaje del desemboque de un río, que debía ser el Cabicungar, se presentó por la proa en apariencia de estensa bajura. Se gobernó rápidamente sobre babor, para salvar el nuevo peligro, y al poco tiempo, y merced á una clara, se divisó una isla que, costeándola, resultó ser la de Fuga en el archipiélago de Babuyan.

La suerte brindaba aquel refugio al *Gravina*, que tomó el puerto de Musa, que prestaba abrigo á las grandes mares que recalaban, y que luego se vieron montar por encima de algunas islas.

Fondeó el *Gravina* en el puerto de Musa, cubierto del mar por otra isla, y con un ancla por largo.

Se estableció servicio constante de babor y estribor, echáronse á bajo las vergas y se recalaron los masteleros. La máquina quedó lista para un momento dado y esperando los acontecimientos.

Como medida de precaución y notando que el ancla garreaba, levaron nuevamente, situándose al N. E. de la isla Bari, fondeando las dos áncoras principales.

Durante la noche el viento nada cedió y el barómetro bajó de un modo desconocido en los más fuertes ciclones.

El vórtice iba sobre el buque; el viento arreció de una manera extraordinaria, tanto, que para andar á bordo, con sumo trabajo, se ayudaban de andariveles.

Las gotas de agua eran saetas que herían rostro, envolviendo á la tripulación las del cielo y del mar.

El servicio del buque se consagraba á gobernar á las rachas, poniendo justa la proa al viento, sosteniendo á las dos áncoras y aliviándolas con la máquina en movimiento.

Así esperó la crisis el *Gravina*, á las dos y cuarto de la madrugada, marcando el barómetro 732'16 milímetros, soplando el viento con furia, y á la vista casi del ojo de la tempestad.

Merced á una clara, vislumbraron aquellos marinos la isla Fuga algo cerca, y al sondar vieron que habian perdido fondo de 10 á 20 brazas.

Dieron avante á toda fuerza; el viento furioso se llamó bruscamente al Oeste, sin dejar gobernar, y al fondear la tercera áncora, que era el último recurso, el buque encallo por su mitad, anegándose inmediatamente.

Al invadir el agua los hornos del *Gravina*, produjo grandes llamas. Se anegaron los pañoles de efectos esplosivos, se cerraron los compartimientos estancos, se izó el contrafoque, se abrieron las seguridades para evitar una explosion de las calderas y se fueron destrincando los botes con el mayor concierto posible.

En situacion tan angustiosa y comprometida, los individuos de la dotacion cifraban la esperanza de salvar sus vidas en Dios Todopoderoso y en la venida del nuevo dia, 11 de julio.

El viento siguió desencadenado y la mar avanzó sobre los infelices náufragos en terrible avalancha, partiendo el buque en seccion transversal por el compartimiento del palo mayor, tumbándose hácia el lado del mar, que le barrió cuanto pudo encontrar.

La pérdida del *Gravina* fué, pues, irremediable y el naufragio forzoso.

La disyuntiva era terrible: ó naufragar en la mar ó en el puerto, y aquellos desgraciados marinos deben dar gracias á la Providencia por haberles facilitado al ménos una playa donde salvar la vida de 170 hombres.

Partido y tumbado el buque, precisamente hacia un mar violentísimo que rompía furioso sobre la cubierta, moviéndose ~~de~~ ~~los~~ ~~palos~~, sacudiéndose uno y otro lado, la chimenea desarbolada y moviéndose la mar todo lo ménos firme, envuelto en una cerrazon que impedia ver la tierra que estaba á un tercio de cable de distancia, la tripulacion entera del buque, refugiada en el medio del puente de estribor que amenazaba desprenderse, vió la primera luz

crepuscular del dia 11. Entónces se pensó en salvar la vida de tantos náufragos.

A medida que el dia avanzaba, el tiempo cedia con mucha más rapidez que entró, aclarando el celaje y cediendo el viento. La tierra, clara ya, brindaba amparo y refugio á los infelices náufragos españoles.

Gran parte de la mañana emplearon en intentar tender un cable á tierra, único medio de comunicacion. La resaca seguia muy fuerte y la mar se iba llevando los botes uno á uno.

Tratóse sin embargo de arriar el primer bote con gente más decidida, á cuya cabeza se puso el alférez de navio D. Javier Quiroga, por espontáneo ofrecimiento; pero apenas se lanzó al costado se hizo mil pedazos y á duras penas pudo salvarse su dotacion.

Más tarde, el tercer contramaestre Manuel Gestal se arrojó al mar para llevar una guia á tierra, y en seguida se le vió perecer victima de su heroismo.

Su triste suerte no impidió que otros siguieran su noble y valerosa conducta, logrando unos ganar la tierra y ahogándose los demás.

Se lanzaron vergas menores y otros cuerpos flotantes con guias para ver si llegaban á tierra, pero la resaca hacia inútiles estos esfuerzos.

Quisieron ayudar uno de estos cuerpos flotantes, se preparó una verga de velacho en el agua con otra guia y se alistaron para acompañarla tres individuos con el alférez de navio D. Manuel Galon; mas apenas trataron de desatracar de á bordo, la verga, girando y golpeando contra la roda del buque, ahogó á aquellos infelices que trataban de la salvacion de todos.

Al fin quiso Dios que ganase tierra á nadó el médico de á bordo D. Eugenio Fernandez Valdes, que se empeñó en llevar otra guia. Esta condujo uno de los cables de acero, que amarrado por el doctor á los árboles facilitó el salvamento, que se verificó pasando en valsos corredizos, uno á uno, todos los individuos de la dotacion, siendo los últimos el contador, el segundo comandante D. Adolfo Solas y el comandante Sr. Quesada, que pisaron tierra á anochecer del 11 de julio.

En la operacion del salvamento, la rotura de un valso costó la vida al guardia marina don José Vazquez, y estuvo á punto de perecer el alférez de navio D. Adolfo Navarrete.

Ya en la playa los náufragos, formaba singular contraste la alegría de la salvacion con el recuerdo de los infelices que perecieron y del buque perdido.

El cuadro que ofrecian los desdichados marinos del *Gravina* no podia ser más triste. Los semblantes revelaban un estado de agotamiento de fuerzas, de frio, de hambre, de completa desnudez y los náufragos no encontraban albergue para pasar la noche y si solo una arenosa playa con manigua, un cielo amenazando lluvia torrencial y una tierra sin agua potable y sin ofrecer medio de alimentacion.

Completamente desnudos los más, y algunos envueltos en mantas chorreando, que la mar arrojaba, pasaron la noche aquellos desgraciados, sin más abrigo que el que les proporcionaba la formacion de montones de arena.

Amaneció el dia 12 y los náufragos se dedicaron desde luego a reconocer la tierra que pisaban.

La gente de una casa de indios, la más cercana, dióles noticia de que la visita se encontraba á unas tres leguas al interior.

Descalzos, desnudos, hambrientos y con sed devoradora de dos dias siguieron la caminata.

Llegaron por fin al pueblo, mataron tres carneros que encontraron y comieron por primera vez despues de tantas desdichas. Se distribuyeron en chozas que hallaron abandonadas á causa del mismo temporal que habia producido la pérdida del crucero y así repararon sus fuerzas.

Al siguiente dia marcharon á pié á la playa salvadora los que se sintieron con valor para ello, pues la mayor parte veian sus piernas hinchadas y reventadas. Algunos náufragos hicieron la expedicion á caballo en compañía del gobernadorcillo.

Repuestos de viveres, recibió orden el alférez de navio D. Saturnino Montojo, de ir á Aparri á dar cuenta telegráfica del suceso y en busca de auxilios.

Se levantó el campamento en la playa con las velas que se llevaron de á bordo, se normalizó en lo posible la vida militar de la dotacion, y se sió sepultura en la playa á los cadáveres del guardia marina D. José Vazquez y del contra-maestre Manuel Gestal.

La caja fué de lo primero que se salvó en el siniestro.

De Aparri llegaron cuantos viveres se necesitaban, ropas y vnaos, y normalizada hasta cierto punto la vida de aquellos desgraciados, emprendieron con ahineo los trabajos de salvamento de pertrechos del *Gravina* que se veia medio desguasado.

El 17 de julio vieron con gran regocijo llegar al crucero *Velasco*, cuyo comandante les prodigó frases de cariño y de consuelo.

Se pidió y se obtuvo del comandante del *Velasco* una tregua para el reembarque y terminada, se hizo á la mar el buque con los náufragos y los efectos salvados, con rumbo á Manila.

\* \* \*

En el naufragio fallecieron: el alférez de navio D. Manuel Galon; el guardia marina D. José Vazquez; el tercer contra-maestre Manuel Gestal; los cabos de cañon de segunda clase, Benito Pedro Rey y Antonio Crosa, el marino de primera José Bengochea; los marineros fogoneros de primera Andrés Ramos y Francisco Javier Pineda y los soldados de infanteria de marina Manuel Perez Benedic y Gregorio Muñoz.